

Por consiguiente no queda más recurso, que apelar a la bravura americana, y decidir por la fuerza, lo que no ha podido transigirse por los consejos de la razón. ¡Pueblos del Perú! Cuarenta días más de sacrificios y constancia bastarán para concluir una campaña, en que nuestras armas han obtenido señaladamente la protección del Eterno. Pensad, que todo lo vamos a perder o adquirir en este período decisivo; y con tal convencimiento, tomad el partido que os dicte el amor a vuestra existencia, a vuestras familias, a vuestros amigos, a vuestra patria y en fin a vuestro honor. Los que entre vosotros hagan mayores sacrificios por la libertad, serán más dignos de ella, y tendrán más derechos a la gratitud universal. El enemigo tiembla por su destino: él ve que por el sud, la división libertadora no ha encontrado sino enemigos que vencer, y amigos que abrazar: él observa que su ejército está dividido y sin moral, exasperado y sin recursos, y puesto al fin en la alternativa de perecer de hambre, o de morir sin gloria. Las tropas que han venido a protegernos, se hallan por el contrario sedientas del combate, robustas con vuestra opinión, y decididas a sellar vuestro destino con la victoria o con la muerte.

¡Peruanos! — Haced lo que la patria aguarda de vosotros, y yo os respondo de la conducta de los bravos, a cuya cabeza voy a buscar los peligros y vivir en ellos, hasta que la independencia corone vuestros esfuerzos, y me asegure la recompensa de poder contemplar tranquilamente vuestra prosperidad.— *San Martín.*

“Docts. H. del Perú”, T. IV Colecc. Odriozola.

(25)

PROCLAMA DEL VIRREY A LOS HABITANTES DEL PERU.

Después de haber procurado un armisticio honroso franqueándome a todo género de sacrificios, de acuerdo con la Junta de Pacificación, para conseguirlo, veo con sentimiento que no es esto lo que acomoda a los enemigos, ni lo que conviene a sus planes. Yo creí que nada más podían desear, ni les convenía otra cosa que una suspensión de hostilidades que hiciese cesar los horrores de la guerra, y vuestras desgracias, mientras diputados nombrados por mí y por el general San Martín, marchasen a la Península para exponer al gobierno supremo de la nación, sus quejas y medios de remediarla; habiendo al mismo tiempo ofrecido que cooperaría con toda eficacia, a que la nación, represen-

tada en las Cortes, asegúrase para siempre la tranquilidad en estos países, afianzase su felicidad sucesiva, que por otros medios no es posible consultar, y estrechase los vínculos que deben unir a los habitantes de ambos hemisferios de un modo indisoluble, grato y respetuoso a la faz de todo el mundo.

Me linsonjee algunos momentos con la idea halagüeña de que conseguiría mi intento dirigido únicamente a vuestro bien; pero preveo, a pesar de que aún continúan las negociaciones, que nada se podrá arreglar, no obstante de haberles ofrecido la plaza del Callao con sus fuertes adyacentes, en el pie de guerra en que se hallan, en garantía y seguridad de que se cumpliría religiosamente lo que se conviniese, con otros sacrificios más, que el público graduará de tales, cuando se publiquen todos los pasos que se han dado en la negociación. Por esto es, que desesperando, con harto dolor mío, de conseguiros una paz que os proporcionase descanso y seguridad, he tenido que ocurrir de nuevo a los preparativos de guerra. Los enemigos más que nunca principian a desplegar con actividad movimientos hostiles: y por lo tanto me veo precisado a usar de medios extraordinarios, y de planes más vastos y extensos que los que permite la mera defensa de una ciudad situada de un modo muy contrario a las operaciones militares.

Vacilante muchos días de que si abandonaría un pueblo, que por tantas razones apreciaré siempre, o si trataría de defenderlo a toda costa, quedándome yo mismo sepultado para siempre entre sus ruinas y sus cadáveres, tuve que ceder por último al deber y obligación de hombre público. Así que, me fue forzoso desprenderme del cuerpo de tropas que marchó con el señor general Canterac para asegurar las provincias del Alto Perú amenazadas, y por lo tanto, tendré tal vez que operar por algún tiempo con el resto fuera de la ciudad y sus inmediaciones: lo que me obliga a depositar lo que podía serme embarazoso en la plaza del Callao, a fin de que se hallen prontas las tropas para acudir al punto que sea necesario, y para moverse en la dirección oportuna, en más o menos distancia, según convenga.

Este plan, que debía ser secreto en otras circunstancias, me apresuro a comunicároslo, para que se hallen prevenidos y dispuestos los que quieran acogerse al fuerte del Callao o a donde mejor les parezca, si llega el caso de que en alguno de los movimientos indicados logran los enemigos entrar en la ciudad, cuya posesión no puede ser de mucha duración.

Entre las medidas de gobierno, he adoptado la de delegar el mando político y militar en el señor Conde de Valle-Oselle, digno patricio y español, cuya sola opinión pública es bastante para infundir consuelos y evitar trastornos.

Habitantes de Lima: No correspondería al amor y aprecio que tengo hacia vosotros, si no os aconsejase el orden, la prudencia y juicio, que en tales casos se debe observar, como igualmente la necesidad de conformarse con los acontecimientos que sobrevengan, que repito, no pueden ser de mucha duración. Yo espero que a las muchas pruebas de amor y respeto que tenéis dadas a las leyes, al gobierno y a sus representantes, añadiréis la de justos y pacíficos, unos con otros, como con razón lo espera. — Lima, 4 de Julio de 1821.— *José de La Serna.*

“Docts. H. del Perú”, T. IV Colecc. Odriozola.

(26)

PROCLAMA DEL VIRREY A LOS HABITANTES DEL PERU.

Han llegado a manos del Gobierno dos proclamas del General La Serna, que tenemos la satisfacción de comunicar al público para prestarle otra nueva prueba del descaro con que se expresan los opresores del Perú.

El Virrey a los habitantes del Perú

El día 4 del corriente se anunció la disposición en que me hallaba de ponerme en movimiento, y hoy me hallo en proporción de comunicaros que ya me he puesto. He salido de Lima con las tropas que había destinado a esta campaña, habiendo dejado en la plaza del Callao las competentes, provista para su defensa; y he salido después de expedir sin embarazo alguno todas las providencias de gobierno militar y político que requería la empresa, por no haber enemigo que pudiese oponerme impedimento alguno. Entre ellas se incluye la de haber avisado mi movimiento oficialmente al general San Martín, por prevenirle cuantos pretextos quisiesen figurar contra el benemérito pueblo de Lima. (1)

(1) ¿Es posible que haya tenido el General La Serna la osadía de asegurar que ha procurado contener todo desorden, después de haber abandonado esta capital a sí misma, dejándola presa de la licencia y desenfreno de todas las pasiones? Sin las virtudes de este pueblo, y sin las oportunas y sabias providencias de S.E. el Protector del Perú, la Ciudad se habría convertido en un teatro de horrores: sus habitantes han sido testigos de la conducta que han observado ambos Gefes; a ellos les toca decidir cuál de los dos se ha interesado más en su felicidad.